

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

*Benedicto XVI*

## Catequesis

AUDIENCIA GENERAL

# Santidad

13 de abril de 2011

---

Queridos hermanos y hermanas:

En las audiencias generales de estos últimos dos años nos han acompañado las figuras de muchos santos y santas: hemos aprendido a conocerlos más de cerca y a comprender que toda la historia de la Iglesia está marcada por estos hombres y mujeres que con su fe, con su caridad, con su vida han sido faros para muchas generaciones, y lo son también para nosotros. Los santos manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado; han dejado que Cristo aferrara tan plenamente su vida que podían afirmar como san Pablo: *«Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»* (Ga 2,20). Seguir su ejemplo, recurrir a su intercesión, entrar en comunión con ellos, *«nos une a Cristo, del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del pueblo de Dios»* (*Lumen gentium*, 50). Al final de este ciclo de catequesis, quiero ofrecer alguna idea de lo que es la santidad.

¿Qué quiere decir ser santos? ¿Quién está llamado a ser santo? A menudo se piensa todavía que la santidad es una meta reservada a unos pocos elegidos. San Pablo, en cambio, habla del gran designio de Dios y afirma: *«Él (Dios) nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante Él por el amor»* (Ef 1,4). Y habla de todos nosotros. En el centro del designio divino está Cristo, en el que Dios muestra su rostro: el Misterio escondido en los siglos se reveló en plenitud en el Verbo hecho carne. Y san Pablo dice después: *«Porque en Él quiso Dios que residiera toda la plenitud»* (Col 1,19). En Cristo, el Dios vivo se hizo cercano, visible, audible, tangible, de manera que todos puedan alcanzar su plenitud de gracia y de verdad (cf. Jn 1,14-16). Por eso, toda la existencia cristiana conoce una única ley suprema, la que san Pablo expresa en una fórmula que aparece en todos sus escritos: en Cristo Jesús. La santidad, la plenitud de la vida cristiana, no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros; por el grado en el que, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Es ser semejantes a Jesús, como afirma san Pablo: *«Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo»* (Rm 8,29). Y san Agustín exclama: *«Viva será mi vida llena de Ti»* (*Confesiones*, 10, 28). El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Iglesia, habla con claridad de la llamada universal a la santidad, afirmando que nadie está excluido de ella: *«En los diversos géneros de vida y ocupación, todos cultivan la misma santidad. En efecto, todos, por la acción del Espíritu de Dios, siguen a Cristo pobre, humilde y con la cruz a cuestas para merecer tener parte en su gloria»* (*Lumen gentium*, 41).

Pero permanece la pregunta: ¿cómo podemos recorrer el camino de la santidad, responder a esa llamada? ¿Puedo hacerlo con mis fuerzas? La respuesta es clara: una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces Santo (cf. Is 6,3), quien nos hace santos; es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma. Para decirlo una vez más con el Concilio Vaticano II: *«Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. El bautismo y la fe los han hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina, y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud en su vida la santidad que recibieron»* (*Lumen gentium*, 40). La santidad tiene, por tanto, su raíz última en la gracia bautismal, en ser insertados en el Misterio pascual de Cristo, con el que se nos comunica su Espíritu, su vida de Resucitado. San Pablo

subraya con mucha fuerza la transformación que lleva a cabo en el hombre la gracia bautismal, y llega a acuñar una terminología nueva, forjada con la preposición-prefijo "con": "con-muertos, con-sepultados, con-resucitados, con-vivificados" con Cristo; nuestro destino está unido indisolublemente al suyo. «*Por el bautismo —escribe— fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos (...), así también nosotros andemos en una vida nueva*» (Rm 6,4). Pero Dios respeta siempre nuestra libertad y pide que aceptemos este don y vivamos las exigencias que conlleva; pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo, conformando nuestra voluntad a la voluntad de Dios.

¿Cómo puede suceder que nuestro modo de pensar y nuestras acciones se conviertan en el pensar y el actuar con Cristo y de Cristo? ¿Cuál es el alma de la santidad? De nuevo el Concilio Vaticano II precisa; nos dice que la santidad no es sino la caridad plenamente vivida. «*Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él*» (1Jn 4,16). Dios derramó su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rm 5,5). Por tanto, el don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de Él. Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla buena, cada cristiano debe escuchar de buena gana la Palabra de Dios y cumplir su voluntad con la ayuda de su gracia; participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía y en la sagrada liturgia; y dedicarse constantemente a la oración, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes. El amor, en efecto, como nexo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3,14; Rm 13,10), dirige, da significado y perfecciona todos los medios de santificación (cf. *Lumen gentium*, 42).

Quizás este lenguaje del Concilio Vaticano II nos resulte un poco solemne; quizás debamos decir las cosas de un modo aún más sencillo. ¿Qué es lo esencial? Lo esencial es no dejar pasar nunca un domingo sin un encuentro con Cristo resucitado en la Eucaristía; esto no es una carga añadida, sino que es luz para toda la semana. No comenzar y no terminar nunca un día sin al menos un breve contacto con Dios. Y, en el camino de nuestra vida, seguir las "señales de tráfico" que Dios nos ha comunicado en el Decálogo, interpretado por Cristo, que simplemente explica qué es el amor en determinadas situaciones. Me parece que ésta es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el domingo; el contacto con Dios al inicio y al final de la jornada; seguir, en las decisiones, las "señales de tráfico" que Dios nos ha comunicado, que son sólo formas de caridad. «*Por eso, el amor a Dios y al prójimo es el sello del verdadero discípulo de Cristo*» (*Lumen gentium*, 42). Esta es la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana, del ser santos.

Esta es la razón por la cual san Agustín, comentando el capítulo cuarto de la Primera Carta de san Juan, puede hacer una afirmación atrevida: «*Dilige et fac quod vis*», 'Ama y haz lo que quieras'. Y continúa: «*Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; que esté en ti la raíz del amor, porque de esta raíz no puede salir nada que no sea el bien*» (7, 8: PL 35). Quien se deja guiar por el amor, quien vive plenamente la caridad, es guiado por Dios, porque Dios es amor. Así, tienen gran valor estas palabras: «*Dilige et fac quod vis*», 'Ama y haz lo que quieras'.

Quizás podríamos preguntarnos: nosotros, con nuestras limitaciones, con nuestra debilidad, ¿podemos llegar tan alto? Durante el Año litúrgico, la Iglesia nos invita a recordar a multitud de santos, es decir, a quienes han vivido plenamente la caridad, han sabido amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana. Los santos nos dicen que todos podemos recorrer ese camino. En todas las épocas de la historia de la Iglesia, en todas las latitudes de la geografía del mundo, hay santos de todas las edades y de todos los estados de vida; son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Y son muy distintos entre sí. En realidad, debo decir que también, según mi fe personal, muchos santos, no todos, son verdaderas estrellas en el firmamento de la historia. Y quiero añadir que para mí no sólo algunos grandes santos, a los que amo y conozco bien, son "señales de tráfico", sino también los santos sencillos, es decir, las personas buenas que veo en mi vida, que nunca serán canonizadas. Son personas normales, por así decirlo, sin un heroísmo visible; pero en su bondad de todos los días veo la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, es para mí la apología más segura del cristianismo y el signo que indica dónde está la verdad.

En la comunión de los santos, canonizados y no canonizados, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, nosotros gozamos de su presencia y de su compañía, y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino y compartir un día la misma vida bienaventurada, la vida eterna.

Queridos amigos, ¡qué grande y bella, y también sencilla, es la vocación cristiana vista bajo esta luz! Todos estamos llamados a la santidad: es la medida misma de la vida cristiana. Una vez más, san Pablo lo expresa con gran intensidad cuando escribe: *«A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo... Y Él ha constituido a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y, en el conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud»* (Ef 4,7.11-13). Quiero invitaros a todos a abriros a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, para ser también nosotros como teselas del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la historia, a fin de que el rostro de Cristo brille en la plenitud de su esplendor. No tengamos miedo de tender hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado; dejémonos guiar en todas las acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será Él quien nos transforme según su amor. Gracias.

*(Saludo a los peregrinos y otros y, a través de videomensaje, a los reunidos en el Xavier College de Melbourne, Australia, con ocasión del III Encuentro Nacional de la Familia)*

SEDE APOSTÓLICA

SANTO PADRE

*Benedicto XVI*

**Catequesis**

AUDIENCIA GENERAL

**Santidad**

13 de abril de 2011

---

Queridos hermanos y hermanas:

En las audiencias generales de estos últimos dos años nos han acompañado las figuras de muchos santos y santas: hemos aprendido a conocerlos más de cerca y a comprender que toda la historia de la Iglesia está marcada por estos hombres y mujeres que con su fe, con su caridad, con su vida han sido faros para muchas generaciones, y lo son también para nosotros. Los santos manifiestan de diversos modos la presencia poderosa y transformadora del Resucitado; han dejado que Cristo aferrara tan plenamente su vida que podían afirmar como san Pablo: *«Ya no vivo yo, es Cristo quien vive en mí»* (Ga 2,20). Seguir su ejemplo, recurrir a su intercesión, entrar en comunión con ellos, *«nos une a Cristo, del que mana, como de fuente y cabeza, toda la gracia y la vida del pueblo de Dios»* (Lumen gentium, 50). Al final de este ciclo de catequesis, quiero ofrecer alguna idea de lo que es la santidad.

¿Qué quiere decir ser santos? ¿Quién está llamado a ser santo? A menudo se piensa todavía que la santidad es una meta reservada a unos pocos elegidos. San Pablo, en cambio, habla del gran designio de Dios y afirma: *«Él (Dios) nos eligió en Cristo antes de la fundación del mundo para que fuésemos santos e intachables ante Él por el amor»* (Ef 1,4). Y habla de todos nosotros. En el centro del designio divino está Cristo, en el que Dios muestra su rostro: el Misterio escondido en los siglos se reveló en plenitud en el Verbo hecho carne. Y san Pablo dice después: *«Porque en Él quiso Dios que residiera toda la plenitud»* (Col 1,19). En Cristo, el Dios vivo se hizo cercano, visible, audible, tangible, de manera que todos puedan alcanzar su plenitud de gracia y de verdad (cf. Jn 1,14-16). Por eso, toda la existencia cristiana conoce una única ley suprema, la que san Pablo expresa en una fórmula que aparece en todos sus escritos: en Cristo Jesús. La santidad, la plenitud de la vida cristiana, no consiste en realizar empresas extraordinarias, sino en unirse a Cristo, en vivir sus misterios, en hacer nuestras sus actitudes, sus pensamientos, sus comportamientos. La santidad se mide por la estatura que Cristo alcanza en nosotros; por el grado en el que, con la fuerza del Espíritu Santo, modelamos toda nuestra vida según la suya. Es ser semejantes a Jesús, como afirma san Pablo: *«Porque a los que había conocido de antemano los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo»* (Rm 8,29). Y san Agustín exclama: *«Viva será mi vida llena de Ti»* (Confesiones, 10, 28). El Concilio Vaticano II, en la Constitución sobre la Iglesia, habla con claridad de la llamada universal a la santidad, afirmando que nadie está excluido de ella: *«En los diversos géneros de vida y ocupación, todos cultivan la misma santidad. En efecto, todos, por la acción del Espíritu de Dios, siguen a Cristo pobre, humilde y con la cruz a cuestas para merecer tener parte en su gloria»* (Lumen gentium, 41).

Pero permanece la pregunta: ¿cómo podemos recorrer el camino de la santidad, responder a esa llamada? ¿Puedo hacerlo con mis fuerzas? La respuesta es clara: una vida santa no es fruto principalmente de nuestro esfuerzo, de nuestras acciones, porque es Dios, el tres veces Santo (cf. Is 6,3), quien nos hace santos; es la acción del Espíritu Santo la que nos anima desde nuestro interior; es la vida misma de Cristo resucitado la que se nos comunica y la que nos transforma. Para decirlo una vez más con el Concilio Vaticano II: *«Los seguidores de Cristo han sido llamados por Dios y justificados en el Señor Jesús, no por sus propios méritos, sino por su designio de gracia. El bautismo y la fe los han hecho verdaderamente hijos de Dios, participan de la naturaleza divina, y son, por tanto, realmente santos. Por eso deben, con la gracia de Dios, conservar y llevar a plenitud en su vida la santidad que recibieron»* (Lumen gentium, 40). La santidad tiene, por tanto, su raíz última en la gracia bautismal, en ser insertados en el Misterio pascual de Cristo, con el que se nos comunica su Espíritu, su vida de Resucitado. San Pablo subraya con mucha fuerza la transformación que lleva a cabo en el hombre la gracia bautismal, y llega a acuñar una terminología nueva, forjada con la preposición-prefijo "con": "con-muertos, con-sepultados, con-resucitados, con-vivificados" con Cristo; nuestro destino está unido indisolublemente al suyo. *«Por el bautismo —escribe— fuimos sepultados con Él en la muerte, para que, lo mismo que Cristo resucitó de entre los muertos (...), así también nosotros andemos en una vida nueva»* (Rm 6,4). Pero Dios respeta siempre nuestra libertad y pide que aceptemos este don y vivamos las exigencias que conlleva; pide que nos dejemos transformar por la acción del Espíritu Santo, conformando nuestra voluntad a la voluntad de Dios.

¿Cómo puede suceder que nuestro modo de pensar y nuestras acciones se conviertan en el pensar y el actuar con Cristo y de Cristo? ¿Cuál es el alma de la santidad? De nuevo el Concilio Vaticano II precisa; nos dice que la santidad no es sino la caridad plenamente vivida. *«Dios es amor, y el que permanece en el*

*amor permanece en Dios y Dios en él»* (1Jn 4,16). Dios derramó su amor en nuestros corazones por medio del Espíritu Santo que se nos ha dado (cf. Rm 5,5). Por tanto, el don principal y más necesario es el amor con el que amamos a Dios sobre todas las cosas y al prójimo a causa de Él. Ahora bien, para que el amor pueda crecer y dar fruto en el alma como una semilla buena, cada cristiano debe escuchar de buena gana la Palabra de Dios y cumplir su voluntad con la ayuda de su gracia; participar frecuentemente en los sacramentos, sobre todo en la Eucaristía y en la sagrada liturgia; y dedicarse constantemente a la oración, a la renuncia de sí mismo, a servir activamente a los hermanos y a la práctica de todas las virtudes. El amor, en efecto, como nexo de perfección y plenitud de la ley (cf. Col 3,14; Rm 13,10), dirige, da significado y perfecciona todos los medios de santificación (cf. *Lumen gentium*, 42).

Quizás este lenguaje del Concilio Vaticano II nos resulte un poco solemne; quizás debamos decir las cosas de un modo aún más sencillo. ¿Qué es lo esencial? Lo esencial es no dejar pasar nunca un domingo sin un encuentro con Cristo resucitado en la Eucaristía; esto no es una carga añadida, sino que es luz para toda la semana. No comenzar y no terminar nunca un día sin al menos un breve contacto con Dios. Y, en el camino de nuestra vida, seguir las "señales de tráfico" que Dios nos ha comunicado en el Decálogo, interpretado por Cristo, que simplemente explica qué es el amor en determinadas situaciones. Me parece que ésta es la verdadera sencillez y grandeza de la vida de santidad: el encuentro con el Resucitado el domingo; el contacto con Dios al inicio y al final de la jornada; seguir, en las decisiones, las "señales de tráfico" que Dios nos ha comunicado, que son sólo formas de caridad. «*Por eso, el amor a Dios y al prójimo es el sello del verdadero discípulo de Cristo*» (*Lumen gentium*, 42). Esta es la verdadera sencillez, grandeza y profundidad de la vida cristiana, del ser santos.

Esta es la razón por la cual san Agustín, comentando el capítulo cuarto de la Primera Carta de san Juan, puede hacer una afirmación atrevida: «*Dilige et fac quod vis*», 'Ama y haz lo que quieras'. Y continúa: «*Si callas, calla por amor; si hablas, habla por amor; si corriges, corrige por amor; si perdonas, perdona por amor; que esté en ti la raíz del amor; porque de esta raíz no puede salir nada que no sea el bien*» (7, 8: PL 35). Quien se deja guiar por el amor, quien vive plenamente la caridad, es guiado por Dios, porque Dios es amor. Así, tienen gran valor estas palabras: «*Dilige et fac quod vis*», 'Ama y haz lo que quieras'.

Quizás podríamos preguntarnos: nosotros, con nuestras limitaciones, con nuestra debilidad, ¿podemos llegar tan alto? Durante el Año litúrgico, la Iglesia nos invita a recordar a multitud de santos, es decir, a quienes han vivido plenamente la caridad, han sabido amar y seguir a Cristo en su vida cotidiana. Los santos nos dicen que todos podemos recorrer ese camino. En todas las épocas de la historia de la Iglesia, en todas las latitudes de la geografía del mundo, hay santos de todas las edades y de todos los estados de vida; son rostros concretos de todo pueblo, lengua y nación. Y son muy distintos entre sí. En realidad, debo decir que también, según mi fe personal, muchos santos, no todos, son verdaderas estrellas en el firmamento de la historia. Y quiero añadir que para mí no sólo algunos grandes santos, a los que amo y conozco bien, son "señales de tráfico", sino también los santos sencillos, es decir, las personas buenas que veo en mi vida, que nunca serán canonizadas. Son personas normales, por así decirlo, sin un heroísmo visible; pero en su bondad de todos los días veo la verdad de la fe. Esta bondad, que han madurado en la fe de la Iglesia, es para mí la apología más segura del cristianismo y el signo que indica dónde está la verdad.

En la comunión de los santos, canonizados y no canonizados, que la Iglesia vive gracias a Cristo en todos sus miembros, nosotros gozamos de su presencia y de su compañía, y cultivamos la firme esperanza de poder imitar su camino y compartir un día la misma vida bienaventurada, la vida eterna.

Queridos amigos, ¡qué grande y bella, y también sencilla, es la vocación cristiana vista bajo esta luz! Todos estamos llamados a la santidad: es la medida misma de la vida cristiana. Una vez más, san Pablo lo expresa con gran intensidad cuando escribe: «*A cada uno de nosotros se le ha dado la gracia según la medida del don de Cristo... Y Él ha constituido a unos apóstoles, a otros profetas, a otros evangelistas, a otros pastores y doctores, para el perfeccionamiento de los santos, en función de su ministerio y para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que lleguemos todos a la unidad en la fe y, en el conocimiento del Hijo de Dios, al hombre perfecto, a la medida de Cristo en su plenitud*» (Ef 4,7.11-13). Quiero invitaros a todos a abriros a la acción del Espíritu Santo, que transforma nuestra vida, para ser también nosotros como teselas del gran mosaico de santidad que Dios va creando en la historia, a fin de que el rostro de Cristo brille en

la plenitud de su esplendor. No tengamos miedo de tender hacia lo alto, hacia las alturas de Dios; no tengamos miedo de que Dios nos pida demasiado; dejémonos guiar en todas las acciones cotidianas por su Palabra, aunque nos sintamos pobres, inadecuados, pecadores: será Él quien nos transforme según su amor. Gracias.

*(**Saludo** a los peregrinos y otros y, a través de videomensaje, a los reunidos en el Xavier College de Melbourne, Australia, con ocasión del III Encuentro Nacional de la Familia)*